

HOMENAJE A ANTONIO SÁEZ ESPLIGARES**Ángel MUÑOZ VICENTE**

Arqueólogo Conservador del Patrimonio Histórico

A Antonio Sáez Espligares le conocí cuando al poco tiempo de finalizar la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla en la sección de Historia. Cuando me encontraba finalizando el servicio militar, me incorporé al Museo de Cádiz con la finalidad de realizar las prácticas profesionales que por aquellos años eran requisito imprescindible para opositar al cuerpo superior facultativo de Conservadores de Museos del Estado. Hablamos del año 1980, cuándo aún no existían las autonomías y el Patrimonio Cultural era una materia centralizada. Cuando me incorporé al Museo, estaba recién llegado como director D. Ramón Corzo Sánchez y había un grupo de jóvenes licenciados haciendo las referidas prácticas profesionales. Además había otros colaboradores que lo hacían desde años atrás entre los que se encontraban Antonio Sáez Espligares, Francisco Giles Pacheco, Francisco José Blanco Jiménez y José Antonio Ruiz Gito, que desde hacía años colaboraban con la anterior directora D^a. Concepción Blanco Mínguez.

Al poco tiempo de mi incorporación, y es de gratitud decirlo, gracias a la mediación de mi compañera y amiga M.^a. Dolores López de la Orden, el museo inició el control arqueológico en unas obras de construcción de nueva planta en un solar en la actual avenida de Andalucía (entonces denominada de López Pinto). Fue mi primer contacto con una excavación arqueológica, en la que Antonio como veterano en la materia, se encargó de darme las instrucciones necesarias y las herramientas de trabajo. Mi sorpresa fue cuando, contrariamente a lo que yo esperaba, me facilitó un pico y una pala, que a duras penas podía yo manejar, dada mi débil complexión física. Me lo tomé como una broma, pues pensé qué tipo de investigación arqueológica podía practicar yo con ese instrumental ya que me encontraba ante una tumba romana de sillares de piedra ostionera. Al rato entendí perfectamente porqué Antonio me había facilitado esas “ligeras herramientas”. Se trataba no de excavar la tumba, sino rebajar la arena de su entorno, pues como a un novato que era en la arqueología de campo, no se le podía encargar tal menester científico, sin antes pasar por algunos preliminares que te “curtiesen” como arqueólogo, para con la experiencia necesaria, poder iniciar esa dura tarea, y a veces ingrata, que es la arqueología de campo en obras de nueva construcción en ciudades superpuestas.

Con la ayuda y saber de Antonio, di mis primeros pasos en esos trabajos de excavación arqueológica. Él me explicó de manera muy clara y estructurada el proceso de una investigación en la cual la documentación gráfica es un aspecto muy importante que continuamente me recalaba, y es que Antonio es un gran conocedor de la técnica fotográfica, en la que me mostró su gran conocimiento como experto que es en la materia. Con Antonio aprendí no solo a manejar una cámara analógica (por aquellos años no existían las cámaras digitales), conocer los tipos de películas más adecuados para cada situación, factores de iluminación, apertura del diafragma, velocidades, mecanismo de enfoque, etcétera, sino también a revelar los carretes tanto de diapositiva, blanco y negro y positivado en papel. Fue una experiencia muy enriquecedora y todo un mundo nuevo, el de plasmar la realidad en imágenes que se abrían a mi conocimiento.

Antonio además de buen arqueólogo y fotógrafo, es un magnífico restaurador. En aquellos años en el Museo de Cádiz también colaboraba con el restaurador del Museo, José Miguel Sánchez Peña, en la conservación de bienes muebles en el ámbito de la arqueología y cómo no, lo hacía de forma magistral. Recuerdo ver su actitud paciente y tranquila para reconstruir una pieza rota en cientos de fragmentos y explicarme el proceso de restauración y al poco tiempo verla como una pieza musealizable. Algo que también me impregnó y abrió mis conocimientos en arqueología en materia de conservación preventiva en excavaciones arqueológicas, conocimientos imprescindibles para ser un buen arqueólogo. Recuerdo como Antonio, cuando había que extraer bienes muebles de distinta naturaleza (cerámica, plomo, fayenza, etc.) en cualquier excavación, organizaba y dirigía los trabajos con especial maestría, diligencia y

eficiencia, teniendo en cuenta que una correcta extracción es garantía de una buena restauración en el laboratorio.

Después de estos años en el Museo de Cádiz, Antonio pasó a desempeñar funciones de técnico en materia de Patrimonio Histórico en el Ayuntamiento de San Fernando, al que le encargaron su Museo Histórico y la gestión de la arqueología municipal. Esta etapa de Antonio en la Isla de León (cuando yo me encontraba trabajando en la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, compartiendo con mi gran amigo Lorenzo Perdigones las vicisitudes de la arqueología provincial), supuso para mí el inicio de unos años de una colaboración muy importante e intensa con Antonio, no ya sólo desde el punto de vista de facilitarnos la gestión arqueológica del municipio de San Fernando, sino también por implicarme en la investigación y estudio de las alfarerías de época fenicio-púnica del territorio isleño, que en esos años marcaban un hito en el proceso del conocimiento de los envases destinados a la distribución y comercialización de los productos pesqueros. Fue una etapa muy productiva científicamente en la que Antonio Sáez desde el Ayuntamiento de San Fernando implicó a diversos investigadores organizando encuentros y jornadas que siguen siendo un referente en los estudios de la economía protohistórica en la Bahía de Cádiz. En esos años floreció el conocimiento arqueológico en la Isla, con numerosas publicaciones y volúmenes dedicados a esta materia. A él le debemos la institucionalización de los Encuentros de Historia y Arqueología de San Fernando con una periodicidad anual, con temáticas variadas, y también la creación en el seno del Museo municipal, de un grupo de investigación que durante varios años consiguió aunar, avanzar y dar un importante empuje a la investigación protohistórica en el área de la Bahía de Cádiz. Fueron unos años en los que yo pasaba más tiempo en San Fernando que en mi ciudad de residencia (Cádiz) y dónde además de un grupo de investigadores, éramos un grupo de buenos amigos, entre los que se encontraban jóvenes investigadores como su hijo Antonio Manuel Sáez Romero, hoy investigador de prestigio en mundo fenicio-púnico en la Universidad de Sevilla.

Antonio ha supuesto para mí una ayuda excepcional en el desarrollo de mi profesión, ya que siempre he contado con su asesoramiento y amistad. Siempre estaré en deuda con Antonio por su compañerismo y aprecio hacia mi persona, sin cuya ayuda mi integración en la profesión de la arqueología hubiese sido menos gratificante, pues en todo momento me trasladaba su amor por este trabajo. Pero, sin duda, lo que me queda por encima de todo es haber conocido a una gran persona y tenerlo como buen amigo. Y que así sea por muchos años.